

**ESTRATEGIAS FAMILIARES:
LA CRISIS COMO OPORTUNIDAD DE CAMBIO
Lluís Sáez
(Departamento de Ciencias Sociales de ESADE)**

Seguramente plantear la actual crisis como una oportunidad para las familias, con todo lo que muchas de ellas están sufriendo, debe parecer cuando menos una insolencia. Sin embargo, no es una provocación, ni un título destinado a crear curiosidad y a atraer al lector, sino que responde a una tesis de fondo que intentaré desarrollar en las siguientes líneas: parte de la configuración que está tomando la actual crisis económica responde a unas estrategias económicas familiares profundamente erróneas. Y precisamente por eso, entiendo que la actual crisis supone un punto de inflexión desde donde regenerar las estrategias familiares para blindar más y mejor a las familias ante eventuales crisis del sistema.

Pese a que el estudio de la institución familiar da para mucho, por razones de tiempo y extensión me centraré primeramente en señalar cuatro roles fundamentales de la familia como institución social. Dos de ellos responden a su dimensión socioeducativa, y son harto conocidos: la familia es la unidad primaria de socialización del ser humano, y también es la unidad primaria convivencial, siendo además la unidad grupal principal de transferencia de afectos. Probablemente, la imprescindibilidad de tales elementos para el pleno desarrollo del ser humano hace que las estructuras familiares existan en todas las sociedades humanas.

Los otros dos roles tienen que ver con la dimensión socioeconómica de la familia, y son menos inmutables: la familia actual, en las sociedades occidentales, se erige en unidad de consumo y a la vez en unidad primaria de protección social, por sus mecanismos de solidaridad internos.

La articulación de estos cuatro roles puede conllevar distintos modelos familiares, y puede albergar distintas estrategias de funcionamiento. Pero como uno puede imaginarse, todos ellos son roles fundamentales para entender la esencia de la unidad familiar. Y mi intención al enfocar estos 4 roles es alertar de que ciertos

cambios relativamente recientes en la institución familiar han afectado significativamente a los mismos, hasta el punto de propiciar las estrategias erróneas de las que hablaba al principio, y hasta el punto de convertir a las familias en víctimas propiciatorias de la crisis actual.

Evolución histórica de la institución familiar

Es importante atender a algunos de los cambios que se han producido en las estructuras familiares, en la estructura productiva de la sociedad, y en la transformación del vínculo familiar¹. Se trata de tres ámbitos estratégicos, que han alterado profundamente los roles familiares antes citados.

a) Cambios en la estructura familiar

Hubo un tiempo en que la concepción de la familia respondía más bien a lo que hoy conocemos como clan. La familia tradicional (es decir, propia de la sociedad tradicional, previa a la Revolución Industrial) se caracterizaba por ser, en la medida en que se podía, una familia grupal basada en la convergencia de las distintas líneas de un mismo linaje: bajo el mando del patriarca familiar, los hijos de éste y sus respectivas familias se agrupaban en lo que técnicamente se ha dado en llamar familias extensas –familias grupales de varias decenas de miembros, unidos solidariamente bajo la saga familiar–. Hoy en día aún existe este tipo de familia, aunque con matices, entre la etnia gitana, o sociedades no occidentales como la India, por ejemplo. Este tipo de familia se caracterizaba por una densa red de solidaridad interna, y por la socialización grupal de las nuevas generaciones.

El tránsito a lo que se conoce como familia moderna se produce a la par que se desarrolla la sociedad industrial². La familia extensa, eminentemente rural y agraria, se desarticula con el éxodo a la ciudad, y al cabo se generaliza el fenómeno de la neolocalidad: es decir, cuando los hijos/as, al formar su propia familia, abandonan el hogar paterno para residir en otro hogar localmente separado del de su familia de

¹ Beck,-Gernsheim, E. (2003): *La reinvencción de la familia*. Barcelona, Paidós.

² Flaquer, L. (1999): *La estrella menguante del padre*. Barcelona, Ariel.

origen. Eso significa un cambio radical en la estructura familiar: nace la familia nuclear, formada por un único núcleo familiar y dos generaciones, la de la pareja fundadora y la de sus descendientes. Tal fragmentación del clan familiar, lógicamente, supone una ruptura en la convivencia intergeneracional, y a la larga también debilitará los lazos de solidaridad y reciprocidad entre las distintas líneas del tronco familiar (incluida la de hijos a padres, una vez aquellos se han emancipado).

Por otra parte, la socialización de la prole ya no puede ser grupal. La familia moderna, profundamente androcéntrica, resuelve eso con una división sexual de roles extremadamente rígida: se especializa al hombre en un rol sustentador económico (se le ha llamado “modelo *breadwinner*”), y se especializa a la esposa en lo que se llamó el rol expresivo, que en definitiva significaba que era quien se encargaba de –entre otros cometidos– hacerse cargo de la crianza de los hijos/as, cumpliendo con las funciones de socialización y educación de los mismos más allá del referente de autoridad que era la figura paterna.

Sin embargo, en plena segunda mitad del siglo XX se empieza a gestar una segunda transición, que nos lleva desde la familia moderna a lo que podríamos denominar familia postmoderna. En ella, uno de los cambios fundamentales es la ruptura del modelo *breadwinner* y la asunción del modelo dual, donde tanto marido como esposa acceden al rol de sustentadores económicos de la familia, gracias al acceso de las mujeres a la educación en igualdad con los hombres, y posteriormente al mercado de trabajo (y esta vez no de forma secundaria).

El modelo dual debería suponer una simetrización de roles en la familia, a la par que una democratización de ésta³. En realidad, se ha dado más lo último que lo primero. La simetrización efectiva comporta asumir la igualdad de la pareja en la asunción de roles productivos (el trabajo remunerado), pero también en la corresponsabilización ante los roles doméstico-familiares (a saber: las tareas de mantenimiento del hogar, la crianza de los hijos/as, y el cuidado de personas dependientes, sean menores o mayores). Pues bien, si las mujeres han culminado su traslación hacia los roles productivos sin por ello abandonar los roles doméstico-familiares, en cambio los

³ Sáez, L. (2008): *Família i valors*. Barcelona, ESADE-Fundació Lluís Carulla.

hombres no han hecho la evolución inversa, y se han quedado en la centralidad productiva. O mejor dicho, no es que no haya ninguna evolución, sino que la evolución de los hombres hacia los roles domésticos es extremadamente lenta. En el ínterin, esto ha provocado una sobrecarga de trabajo (el productivo y el doméstico-familiar) en las mujeres, con el consiguiente desbordamiento, del cual se resiente sobre todo el ámbito doméstico-familiar⁴. Quede claro con ello que no apunto al trabajo de la mujer, que en realidad es un fenómeno muy positivo para la sociedad, sino que la tragedia reside en las resistencias culturales del hombre a corresponsabilizarse del ámbito doméstico-familiar. Pero hay causas adicionales que negativizan aún más el escenario.

b) Cambios en la estructura productiva

La verdad es que las estructuras productivas se han pensado siempre para que fuesen funcionales a la producción, y no a las personas ni a las familias. Pero en la medida en que se consigue la jornada de 8 horas, los horarios laborales propios del modelo industrial eran horarios rígidamente estructurados, sincrónicos, de masas. Casi todo el mundo trabajaba en el mismo horario, y se hacían las vacaciones al mismo tiempo. Eso permitía cierta sincronía de tiempos (cuando los padres trabajaban, los niños/as iban a la escuela) y también liberaba otros para dar paso a la convivencia familiar (la tarde-noche, los fines de semana, los veranos...). Aunque tampoco es que fuese una cantidad óptima de tiempo compartido en familia.

Claro que la situación era susceptible de empeorar. Es lo que se ha visto con la crisis del sistema fordista (y sus horarios), para dar paso al llamado empleo o producción flexible⁵, que consiste en hacer más elásticos los horarios según le convenga a los flujos de producción. Lo que supone desde turnos hasta jornadas extensas, y siempre una flexibilidad heterónoma, donde el trabajador/a no puede prever si podrá disponer o no de según qué horas, o de según qué fines de semana, o de según que semanas de vacaciones. Al final, el resultado de la nueva estructura de tiempos flexibles es un incremento de la presencia en el puesto de trabajo en detrimento de la presencia en el hogar. Lo cual, además de desestructurar los

⁴ Balbo, L. (1979): "La doppia presenza". En *Inchiesta*, n° 32, pp.: 3-6.

⁵ Piore, M.J.; Sabel, C.F. (1993): *La segunda ruptura industrial*. Buenos Aires, Alianza Editorial.

tiempos de convivencia familiar, ha ahondado el vacío de socialización que se produce al estar tan poco tiempo los padres y madres con sus hijos/as. Al problema se le conoce últimamente como falta de conciliación de la vida laboral y familiar.

c) La transformación del vínculo familiar

Volviendo a los cambios internos en la familia, uno de ellos es propio del siglo XX, y es la generalización del divorcio en las legislaciones occidentales (en España, obviando el breve lapso de tiempo en que estuvo en vigor en la II República, data de 1981). Supone un cambio fundamental en la esencia del vínculo matrimonial: pasará de ser un vínculo perenne a ser un vínculo provisional, sometido a la voluntad autónoma de las partes contrayentes. Esta transformación del vínculo, que sin duda amplía la libertad individual dentro de la institución familiar, ha tenido como consecuencia secundaria la mayor fragilidad del núcleo familiar. Sobre todo en un contexto en que la mujer, al trabajar, deviene económicamente independiente.

Lo cierto es que hoy en día la familia es más frágil que nunca, y se aceleran por momentos las rupturas familiares, y se acortan las duraciones medias de los matrimonios y las parejas (aunque las razones son mucho más complejas, y no podemos abordarlas aquí). En todo caso, la disolubilidad del vínculo familiar ha comportado una mayor fragmentación aún del núcleo familiar, pues al romperse éste, da paso a una estructura familiar aún más reducida: la familia monoparental. Bien es verdad que ese puede ser un modelo de transición, hasta que se dé la familia reconstituida (vinculándose a otras parejas), pero buena parte de esas familias monoparentales perduran en el tiempo. Entonces se debilita tanto el potencial socializador y convivencial de la familia, como su capacidad económica y de protección social de sus miembros.

Llegados a este punto, el resumen de lo acontecido aparece más nítido: tenemos hoy familias más frágiles y reducidas que nunca, con un modelo dual generalizado que ha supuesto una aumento de la capacidad adquisitiva de las familias como unidad de consumo, pero que unido a las exigencias del mundo laboral actual ha comportado también una falta de conciliación con la vida familiar que repercute en

un vacío de socialización y en un déficit convivencial de padres y madres con sus hijos/as. A su vez, las sucesivas fragmentaciones del grupo familiar han debilitado los lazos de solidaridad familiares, en particular los intergeneracionales, disminuyendo la función de protección social de las familias para con sus miembros más ancianos (en parte también por la imposibilidad de asumir roles de cuidado intensivos desde el modelo dual). En suma, vemos como de los 4 roles de que hablaba al principio, sólo uno se refuerza: la familia como unidad de consumo. Los otros tres –el rol socializador, el rol convivencial y el rol de protección social– se debilitan significativamente.

Evolución histórica de la sociedad de consumo

Pero además de hablar de los cambios en la institución familiar, debemos también hablar de cómo le afectan los cambios de su contexto envolvente. En parte ya lo hemos hecho cuando hablábamos del mundo laboral, pero ha habido un cambio más global que ha afectado incluso en mayor grado a las familias españolas: se trata del tránsito de la sociedad del consumo de masas a la sociedad del hiperconsumo⁶. No me detendré demasiado en la sociedad del consumo de masas, porque lo que interesa es cómo ha afectado el hiperconsumo a las familias, pero se puede decir sucintamente que el consumo de masas se basó en un consumo orientado a garantizar la seguridad económica de las familias, su sustento básico y un cierto grado de bienestar material, variable en función de la clase social. Ello era compatible con un relato de acumulación de metas personales y familiares, con el esfuerzo y con el ahorro, para así poder subir peldaños en la prosperidad familiar.

El hiperconsumo, empero, trastoca todos los parámetros anteriores. Cuando hablamos de la sociedad del hiperconsumo hablamos de un consumo distinto. El consumo ahora se presenta como fuente de autorrealización y de autoestima del individuo, y vehicula sus ansias hedonistas (auténticamente desbocadas en la era postmoderna que vivimos)⁷. Es un consumo emocional, enfocado al deseo y a las

⁶ Albareda, L. (2010): *Consum i valors*. Barcelona, ESADE-Fundació Lluís Carulla.

⁷ Lipovetsky, G. (2007): *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*. Barcelona, Anagrama.

emociones. Nos incita primero a legitimar el tener cuanto deseamos; y después nos incita a desear de todo, y a desearlo inmediatamente, en una suerte de consumo compulsivo. Para una más fácil recepción individual, el objeto de consumo se individualiza (se llama personalización) de forma que se adecúa el producto a las características del individuo, con lo cual el consumo se convierte en un signo de identidad, en una forma de sentirse único, a la vez que integrado socialmente.

Hay un elemento aún más perverso: el consumo pasa a ser un consumo efímero, con modas en cambio constante y una obsolescencia programada en la mayoría de productos que reduce su vida útil y obliga a su sustitución periódica por nuevas versiones (véase el caso de los teléfonos móviles o de las videoconsolas, por ejemplo). Ya de entrada, la espiral del cambio constante acelera el ritmo del consumo y conlleva a un sobreconsumo tan superfluo como de raíz insostenible. Pero ya se sabe que no ir a la moda hoy en día se lee como una forma de desintegración social.

Además, se han diseñado instrumentos financieros para facilitar el sobreconsumo de las familias. Desde las tarjetas de débito y de crédito, a los créditos al consumo, o a la financiación diferida del pago del producto o del servicio. Todo sirve al acto de consumo, a facilitar el acto de consumo. Ya no es necesario llevar dinero en metálico para poder comprar. Es más, hoy en día uno puede gastar incluso el dinero que no tiene, permitiéndose el consumo sobre la base de una simple expectativa de renta. En una sociedad que además incita constantemente al consumo, y que vincula el consumo con el bienestar psíquico y la autoestima del individuo, no es de extrañar que la cultura del crédito se haya impuesto a la cultura del ahorro.

Impacto de la crisis en las familias hiperconsumistas

Ahora es cuando llego al núcleo de mi tesis. La mayoría de las familias españolas (como en otras sociedades occidentales) ha sucumbido al modelo hiperconsumista. Hoy somos casi todos y todas mucho más consumistas que lo que fueron nuestros padres, y aún más de lo que lo fueron nuestros abuelos. Pero es que las nuevas generaciones aún nos ganan, y se llevan la palma en cuanto a hiperconsumistas. Y

hemos basado nuestro modelo familiar en el hiperconsumo. Tenemos familias hiperconsumistas, probablemente como efecto secundario de sus déficits y contradicciones internas.

Así, las familias españolas han virado hacia una mayor cultura material en detrimento de la cultura relacional. Se convive menos en el núcleo familiar, se está menos tiempo con los hijos/as, y se intentan compensar estos déficits con bienes materiales y servicios. Es decir, cambiamos consumo por tiempo, consumo por relaciones. Y para acabar de cerrar el círculo vicioso, como el consumo se ha individualizado, el consumo intrafamiliar también lo ha hecho, y cada vez es menos un acto de consumo compartido. Ahora cada cuál tiene su televisor individual, su ordenador individual, su videoconsola individual, su coche individual, etc. Así no es raro que, en el poco tiempo de la tarde-noche de un día laborable en que están en casa todos los miembros de la unidad familiar, cada cuál se recluya en su habitación por separado a hacer la actividad que le venga en gana, consolidando así un modelo que a veces es más de coexistencia que no de convivencia.

La infancia y la adolescencia son etapas que no escapan a ese efecto. Tenemos unas nuevas generaciones que han crecido en medio de un vacío creciente de socialización y de normatividad débil (por la dimisión de sus padres y madres del rol socializador, en parte por su ausencia del hogar, y en parte por una laxitud complaciente derivada de su complejo de padres/madres ausentes), así como de un déficit convivencial con sus padres. Como dice el sociólogo vasco Javier Elzo, son niños/as que “han crecido solos”⁸. Ahora bien, a cambio se han visto rodeados de una abundancia material (aunque relativa, en función de la clase social) sin parangón histórico. Acostumbrados a tener cuanto piden, e inmersos en una sociedad mediática que les incita a tener de todo, son hiperconsumistas precoces y voraces sobre todo en su adolescencia, cuando la publicidad y el marketing explotan –sin apenas regulación constrictiva, todo hay que decirlo– su emocionalidad a flor de piel para hacerlos consumistas compulsivos.

⁸ Elzo, J. (2006): “La educación familiar para un mundo en cambio”. En Álvarez, M.I. y Berastegui, A. (coords.): *Educación y familia*. Madrid, Universidad Pontificia de Comillas.

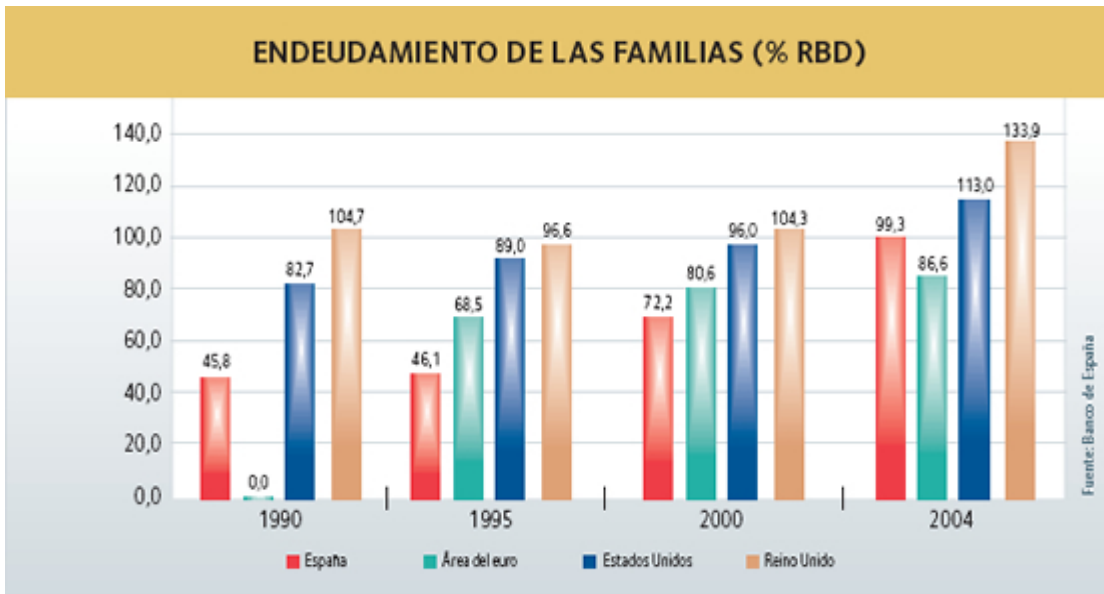
El resultado no podía ser otro que el de tener a buena parte de nuestros jóvenes y adolescentes atrapados en el hiperconsumo, acostumbrados a confundir la libertad con la satisfacción inmediata de todos sus deseos, y convertidos en hedonistas y narcisistas compulsivos, que valoran el placer, el culto a la imagen, lo lúdico y la fiesta por encima del trabajo y el esfuerzo. Lógico, porque han tenido de todo, y todo sin esfuerzo. Eso ha hecho que una palabra importada del mundo de la física se haya puesto de moda últimamente: la resiliencia. El concepto de resiliencia tiene que ver con la cantidad de energía que puede absorber un cuerpo sometido a un impacto sin descomponerse. Un buen ejemplo puede ser la comparación entre un olivo y la caña de bambú ante una ventolera: siendo más recio el olivo, el viento logra romper su tronco, mientras que la caña de bambú –al ser más flexible y cimbriarse por la acción del viento– resiste el embate para volver a su posición original una vez cesa la ráfaga de viento. Aplicado a la psicología, entendemos por resiliencia la capacidad de un sujeto de resistir y sobreponerse a los obstáculos y situaciones adversas, dolorosas o traumáticas que se puedan dar en su vida, y seguir adelante con entereza e incluso a veces fortalecido. Pues bien, el concepto se ha puesto de moda en su acepción psicológico porque estamos empezando a detectar una muy baja resiliencia en nuestros niños/as, adolescentes y jóvenes. Una hipótesis explicativa muy plausible es que son jóvenes que han crecido viendo todos sus deseos satisfechos, y sin normas que acatar, de forma que no admiten un “no” por respuesta o que la vida les contradiga o les indique que no todo es posible. La baja resiliencia, en sus casos extremos, está asociada a lo que el psicólogo Vicente Garrido denominó con acierto el “síndrome del emperador”, que se da cuando los niños/as o adolescentes tiranizan a sus padres (sobre todo a sus madres) e incluso llegan a episodios de violencia filioparental (es decir, de hijos a padres o madres)⁹. Hoy por hoy, esta es también una realidad tristemente en crecimiento en nuestro país, si bien es por fortuna –¡sólo faltaría!– minoritaria. Pero es un indicio de que en algunas familias españolas algo se está haciendo mal: de que el hiperconsumismo combinado con la laxitud normativa y la escasez de tiempos compartidos entre padres e hijos/as no tiene consecuencias precisamente positivas.

⁹ Garrido, V. (2005): *Los hijos tiranos: el síndrome del emperador*. Barcelona, Ariel.

Y luego está el impacto de la crisis, claro. Porque si la estrategia familiar basada en el hiperconsumo es nefasta en el terreno relacional, en el terreno socioeconómico es simplemente demencial. De entrada, porque no es un modelo sostenible, como se ha podido ver recientemente. En primer lugar, porque minimizar la cultura del ahorro significa debilitar el “efecto colchón” que tiene el capital ahorrado cuando sobreviene alguna adversidad particularmente costosa, o cuando la familia se ve abocada a pasar por dificultades económicas (como suele suceder en muchos casos cuando toda la sociedad entra en crisis, ya sea estructuralmente como coyunturalmente). Pero en segundo lugar, y principalmente, porque gastar un dinero que no se tiene, en base a expectativas futuras de renta, es de un presentismo de lo más ingenuo y a efectos prácticos, en familias con poca capacidad de ahorro, es algo así como jugar a la ruleta rusa. Al final, resulta que si el principal sueldo aportador desaparece porque su perceptor/a pierde el empleo, la familia puede encontrarse con menos de la mitad de sus ingresos, la hipoteca y el coche por pagar, una capacidad de consumo muy reducida, y unos hijos adolescentes acostumbrados a gastar por todo lo alto y que no entienden eso de que a veces hay que renunciar a lo que a uno le apetece por el bien común familiar. Por no hablar de lo traumático que puede suponer hablarles de la necesidad de que contribuyan a la economía familiar, cuando son generaciones acostumbradas a que la familia sea una fuente de financiación y provisión de bienes y servicios, de la que siempre se recibe y a la que nunca se da, y donde lo que se estilaba ahora es que si el o la joven trabaja y gana un sueldo, se lo apropia íntegramente para sus “gastos personales” (normalmente basados en coche, moto, vestir siempre a la moda, discoteca, fiesta, viajes, copas, etc.).

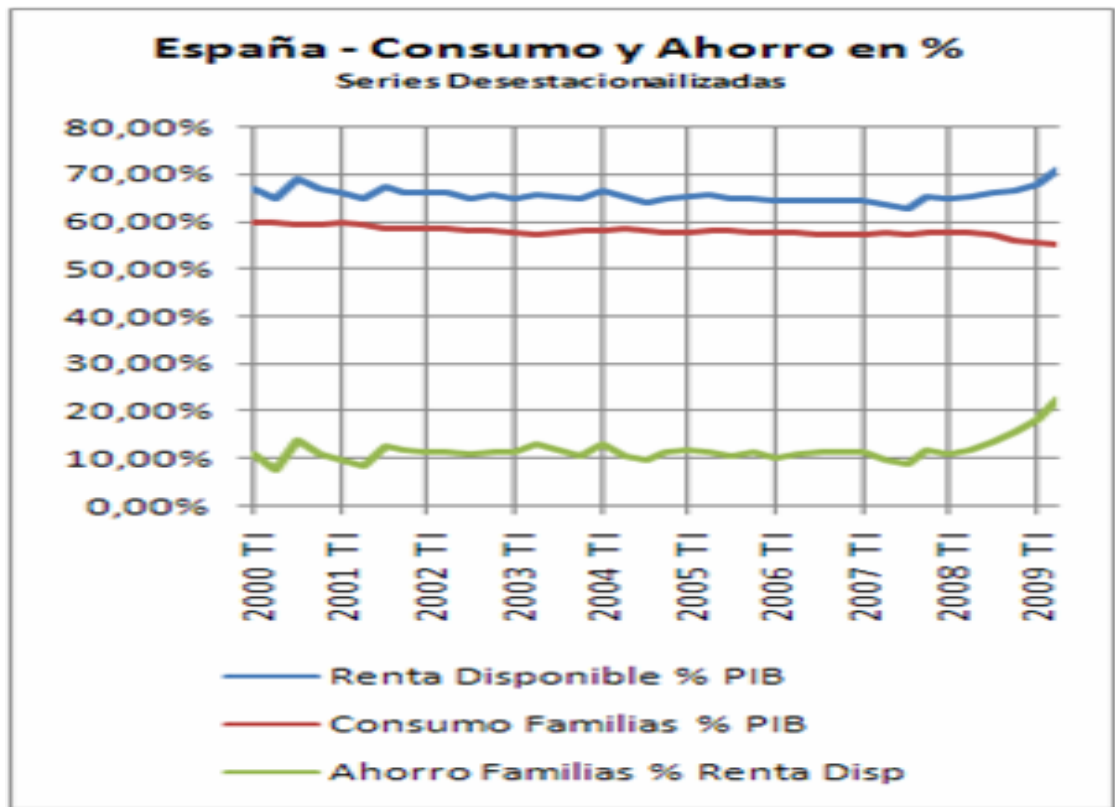
Así las cosas, tampoco parece extraño el aumento galopante del endeudamiento familiar en España –hasta el punto de que en 2004 la tasa de endeudamiento familiar española superaba a la media de la zona euro y rozaba el 100% de la Renta Bruta Disponible, para llegar al 120% en 2007–, siempre en paralelo a una tasa de ahorro familiar medio estabilizada alrededor del 10%, décima arriba o abajo, hasta poco antes de la crisis (vid. gráficos 1 y 2).

Gráfico 1



Fuente: Banco de España.

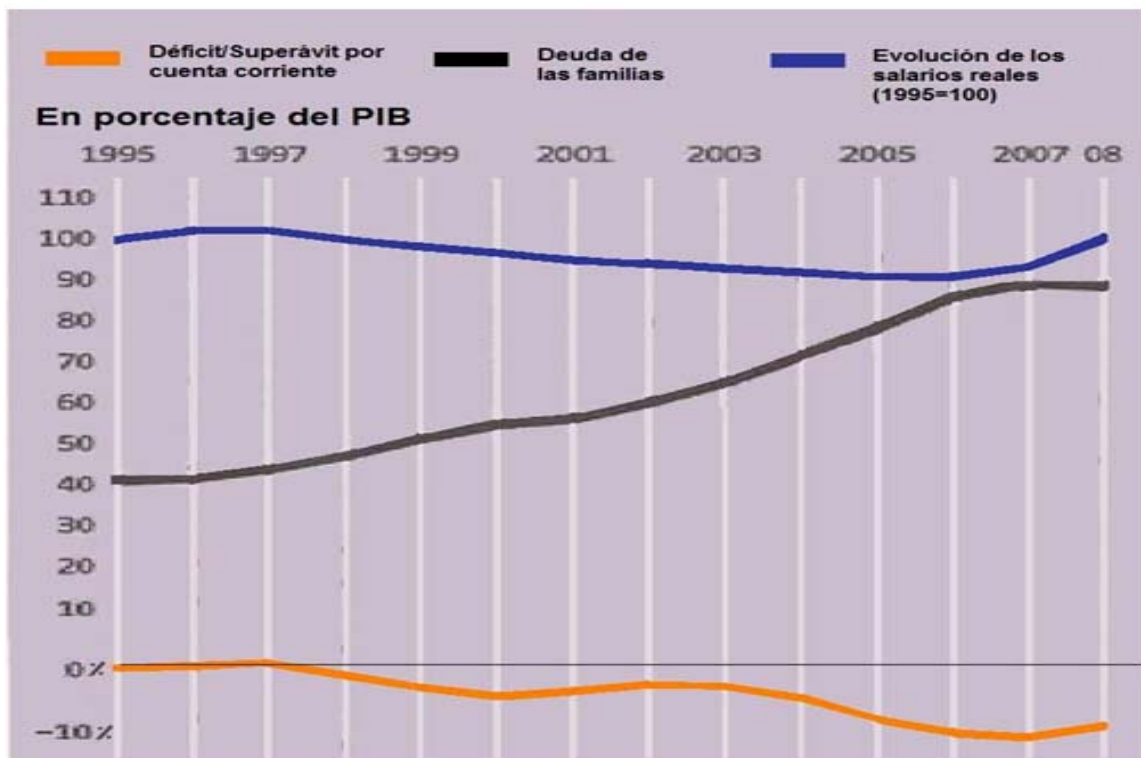
Gráfico 2



Fuente: "El ahorro, clave de la evolución de la economía". En *España, Economía y Noticias* (16-11-2009). En web: <http://www.espanaeconomiaynoticias.com/2009/11/el-ahorro-clave-de-la-evolucion-de-la.html>

La paradoja es que esta mayor fragilidad financiera de las familias españolas se ha producido en el momento histórico en que la institución familiar está más fragmentada que nunca, tiene menos capacidad de protección social de sus miembros que nunca, y cuando las expectativas de mantenimiento de sus rentas en el futuro estaba más en entredicho que nunca por las altas cotas de precariedad laboral e inestabilidad en el empleo. Y como agravante adicional, hay que decir que la espiral hiperconsumista de las familias se ha producido en una década donde apenas ha habido un aumento de los salarios reales, como puede verse en el gráfico que nos muestra el Dr. Santiago Niño Becerra, catedrático de Estructura Económica de la Facultad de Economía IQS de la Universidad Ramon Llull.

Gráfico 3



Fuente: Niño Becerra, Santiago: "Lo que España es". En *La Carta de la Bolsa* (14-5-2010). En web: http://www.lacartadelabolsa.com/index.php/leer/articulo/lo_que_espaa_es/

Es decir, hiperconsumo y consiguiente hiperendeudamiento en unas familias que prácticamente no han ganado poder adquisitivo en los últimos quince años. No es difícil concluir que nos hallamos ante una estrategias familiares absurdamente irracionales en lo económico. Aunque en principio no eran tan aparentemente irracionales, porque parte de la culpa de este proceder lo ha tenido el "boom"

inmobiliario y el consiguiente espejismo del llamado “efecto riqueza”¹⁰. Efecto riqueza que llevaba a las familias a creer que, en tanto sus bienes inmobiliarios se revalorizaban vertiginosamente año tras año, su patrimonio familiar se cifraba en la suma de los valores de mercado de sus propiedades. Craso error, porque medían su riqueza por una expectativa no líquida. Cuando ha estallado la burbuja inmobiliaria, el espejismo del efecto riqueza se ha desvanecido en buena parte cuando los precios de los pisos han caído también vertiginosamente en el momento en que las familias se han visto obligadas a vender sus propiedades.

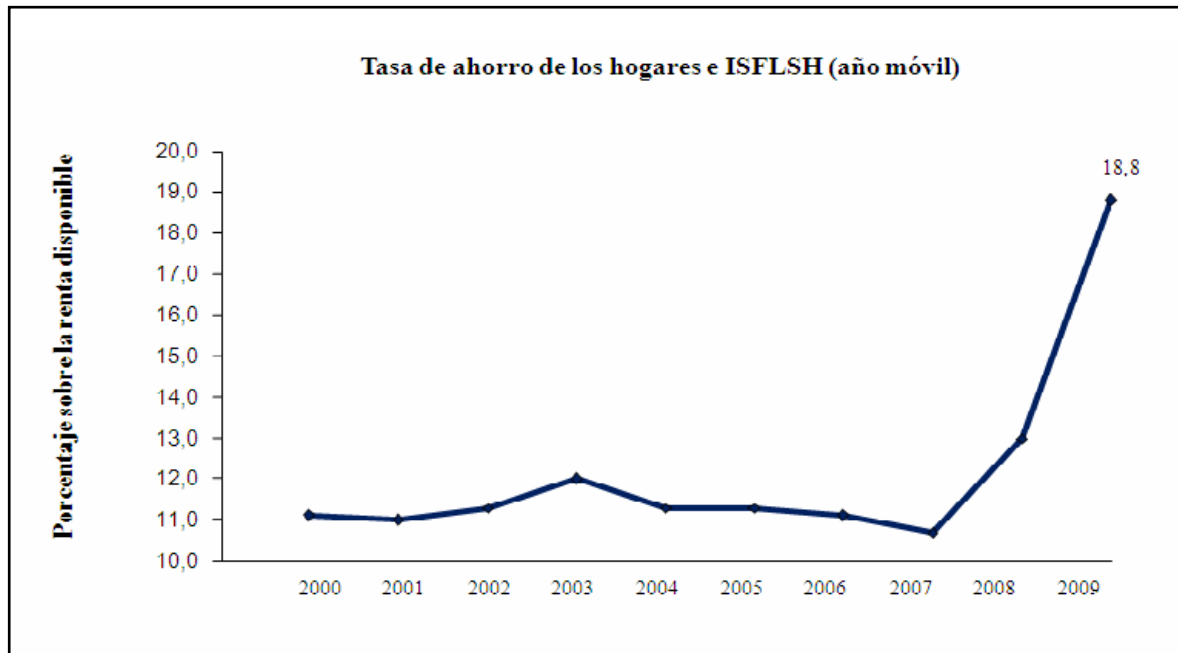
En resumidas cuentas, las familias han sido víctimas propiciatorias de los desmanes de nuestro actual sistema económico. Pero en buena parte, el grave impacto de la crisis en su seno se ha visto causada por otra crisis más inquietante: la crisis de valores que les ha hecho adoptar estrategias hiperconsumistas totalmente equivocadas. Quede claro que con esto responsabilizo en parte a las familias del grado de impacto de la crisis, que no de la crisis (a este respecto ya sabemos que la crisis la han causado ciertos bancos e instituciones financieras y el neoliberalismo).

La crisis como oportunidad: estrategias de respuesta de las familias

Llegados a este punto, algunas de las soluciones o salidas a la actual situación parecen obvias. Consistirían básicamente en una racionalización del consumo de las familias –reduciendo el consumo superfluo y poniendo coto a sus hábitos de endeudamiento– y en un incremento de la tasa de ahorro familiar. En realidad, todo eso ya está teniendo lugar, bien sea por convencimiento o bien sea porque las circunstancias obligan, simplemente. La tasa de ahorro de las familias españolas se incrementó a partir de 2008 por encima de la media de la década, y en 2009 alcanzó la cota del 18,8%, según el gráfico de Jaime Guisasola (vid. gráfico 4). Esa cifra es importante porque supone la mayor tasa de ahorro registrada en las familias españolas desde 1970. En estos últimos cuarenta años, a lo máximo que se había llegado es al 16% en 1974, y unas décimas por encima de ese nivel en 1997.

¹⁰ Sebastián, L. de (2003): *Razones para la esperanza en un futuro imperfecto*. Barcelona, Icaria.

Gráfico 4



Fuente: Guisasola, Jaime: "El sector privado reacciona ante la crisis". En *Periodismo independiente* (11-5-2010). En web: <http://www.periodismoindependiente.es/economia/la-deuda-del-sector-privado-si-reacciona-ante-la-crisis/>

Sin embargo, esto no será suficiente. Porque a la crisis le sucederá la recuperación, y la tentación ante mejores expectativas será la misma que aconteció después de la crisis de los 70 y después de la crisis del 93, que la tasa de ahorro familiar volvió a descender, y la tasa de endeudamiento familiar siguió creciendo. O dicho de otra manera, que la tendencia parece ser a que las medidas restrictivas del hiperconsumo se toman coyunturalmente, para abandonarlas nada más cambiar el ciclo económico. Pero el endeudamiento sube y sube, hasta que llegará un momento límite (que esperemos no sea el actual) en que dará lugar a un ajuste de tintes verdaderamente traumáticos.

Por ende, mi propuesta es mucho más radical, y de más calado. Consiste en propiciar un cambio cultural en las familias. Un cambio contrasistémico, un cambio permanente sustentado en un cambio de valores. En ese sentido, creo que es imprescindible que las familias españolas adopten una estrategia de *downshifting*. El *downshifting* es un movimiento de cambio cultural procedente del mundo anglosajón pero rápidamente extendido a las distintas sociedades occidentales (si bien es aún incipiente) que ha venido traducéndose como "desaceleración" o últimamente como "decrecimiento". Presenta alguna que otra variación en su formato, pero al cabo

consiste en un cambio de valores que comporta, básicamente, consumir menos y valorizar el tiempo libre, redefiniendo la calidad de vida. El cambio de valores implica dejar atrás los valores materialistas y consumistas para revalorizar el tiempo para sí y las relaciones sociales. Suele tratarse de estrategias familiares donde se reconquista la convivencia, y los sujetos incrementan la disponibilidad de tiempo personal y de tiempo familiar compartido, pero no para invertirlo en actividades mercantilizadas de corte consumista, sino para centrarlo en la práctica de aficiones personales parcial o totalmente desmercantilizadas y en actividades familiares o grupales que no requieran grandes consumos o susceptibles de hacer economías de escala. En estas familias, los miembros adultos suelen incluso reducir su tiempo de trabajo, y por tanto sus ingresos, con el fin de estar más tiempo con sus hijos/as, con su pareja, con sus amistades e incluso consigo mismos. Son familias que se han reeducado en la contención crítica del deseo, y en la racionalización del consumo. Porque no es que no consuman, sino que no son consumistas. Intentan evitar todo consumo superfluo, así como evitar la compra a crédito, como no sea en casos puntuales. Suelen ser familias más ecológicas (reciclan, contaminan menos...), que retornan a la cultura del ahorro y que socializan a sus hijos/as en la corresponsabilidad económica. En algunos casos, se forman redes de familias donde se comparten bienes o servicios, a partir de centros de intercambio o de fenómenos como la banca del tiempo (se intercambian horas disponibles para realizar servicios a otros miembros, según las competencias y habilidades de cada cuál).

Claro que no se trata de abolir el consumo. De hecho, el consumo es deseable y conduce al progreso social. Pero siempre que sea un consumo sostenible, respetuoso con el medio ambiente, y no alienante. De lo que se trata es de poner coto a la perversión del consumo: el consumismo. Y en particular, a su peor formato inventado hasta ahora: el hiperconsumismo.

No hay tampoco una graduación de cuánto debe consumir una u otra familia. Cada familia es libre de asumir un mayor o menor nivel de consumo, con tal de que el consumo no sea el centro neurálgico de la familia y no se derive en un consumismo innecesario. En el fondo, lo importante del cambio cultural es asumir la preponderancia de la cultura relacional y de crecimiento personal sobre la cultura

material. Parafraseando a Erich Fromm, se trataría de cultivar más el “ser” que no el “tener”. Y además, debería ir acompañada de una mayor solidaridad familiar, recuperando las relaciones intergeneracionales que se han ido perdiendo. Por eso digo que se trata de un cambio de valores en toda regla. Cambio que no es nada fácil, teniendo en cuenta la sociedad en que nos encontramos. Pero que es posible que sea más imprescindible de lo que nos pensamos.

Dada la complicación de un cambio de esta envergadura, vale decir que las familias no deberían estar solas en este empeño. Hay en particular tres instituciones sociales que deberían colaborar con ellas. La primera, el mundo educativo y académico, que debe educar para un consumo responsable y en valores no consumistas, como la cultura del ahorro; además, desde los círculos intelectuales se debería debatir y difundir esta nueva cultura postconsumista.

En segundo lugar, el mundo empresarial también debería alinearse con las familias. En varios frentes: desde diseñar un modelo productivo para un consumo sostenible y responsable, hasta establecer una nueva organización de los tiempos que permita que los trabajadores/as pueden conciliar su vida personal, familiar y laboral satisfactoriamente, pasando por evitar las malas prácticas y los abusos en la publicidad y el marketing emocional. Ya hay empresas comprometidas en esas buenas prácticas, y lo que se inscribe en lo que conocemos como responsabilidad social de la empresa parece estar en auge, aunque todavía no ha llegado a los umbrales deseables.

En este punto aparece la tercera institución social: el Estado. Como bien indican autores como Stiglitz¹¹, en una fase inicial las empresas que actúan de forma socialmente irresponsable pueden conseguir ventajas competitivas frente a las que actúan responsablemente, con lo que el Estado debe llevar a cabo una regulación que elimine malas prácticas ventajistas y que apoye el buen proceder de las empresas que demuestren ser socialmente responsables. Por otra parte, el Estado debe actuar también como catalizador del cambio, acotando el consumismo irresponsable, sancionando las malas prácticas financieras y publicitarias, legislando

¹¹ Stiglitz, J. (2006): *Cómo hacer que funcione la Globalización*. Madrid, Taurus.

sobre horarios de trabajo conciliables. A su vez, debe brindar un apoyo material suficiente a las familias (en particular, dando cobertura a las situaciones de dependencia, y asistiendo a las familias en situación de necesidad económica o en grave riesgo de exclusión social), al tiempo que promueve la convivencia intergeneracional con medidas específicas (como puede ser un buen servicio de atención domiciliaria, incentivos para las familias que permitan envejecer en casa, etc.).

Como sabemos, etimológicamente el término “crisis” significa “cambio”. Y en algunos dialectos de la lengua china, el término tiene –además de la lectura negativa tópica– una lectura positiva, en cuanto a que significa “oportunidad”. Por eso, aunque sin duda toda crisis comporta problemas al resquebrajarse estructuras aparentemente sólidas, tras los necesarios ajustes vendrá el reto de saber convertir la crisis en la oportunidad de reformar (a veces reinventar) el sistema para salir fortalecidos. Lo que puede volver a ocurrir, como tantas otras veces, es que algo cambie para que todo siga igual, porque entonces estaremos condenados a repetir los errores, con el riesgo de que llegue un día en que hayamos agotado los plazos para cambiar. Y como parece que vienen tiempos difíciles, creo que son momentos propicios para la osadía, para atreverse a reclamar cambios radicales. Hoy por hoy, las familias españolas (como las de todo Occidente) tienen la oportunidad de protagonizar uno de esos cambios, provocando desde abajo una radical transformación del sistema. El tiempo dirá si habrán sabido estar a la altura del reto histórico.